

## SINGULARIDAD Y REPETICIÓN EN LA HISTORIA

El asunto de que voy a ocuparme ha sido motivo de constantes discusiones entre los hombres de todas aquellas sociedades en que se ha alcanzado algún pensamiento sistemático y alguna visión panorámica del universo. Nada más natural que semejante asunto nos resulte interesante, puesto que en realidad se trata de una investigación en torno a los límites de la libertad del hombre, suponiendo que el vivo sentimiento que éste abriga acerca de ser, por lo menos, parcialmente libre, no sea una mera ilusión. "Libertad y ley en la historia" habría sido, en una alternativa, un título igualmente adecuado para mi asunto que el de "singularidad y repetición".

Pues bien ¿cuál podrá ser la vía que más prometa para el abordaje de esta investigación? Me parece que lo más adecuado será iniciarla con una inspección de los testimonios que existen en pro de una legalidad, de una regularidad, de una uniformidad, de una repetición en los asuntos humanos. Ahora bien, todas estas expresiones pueden reducirse a una, a saber, forma o "patrón" (*pattern*). Empecemos, pues, por examinar qué hay de esto en la historia humana. ¿Ofrece, acaso, alguno? Y si así es ¿hasta qué punto se trata de un patrón que domine todo? O bien ¿no habrá, quizá, algunas experiencias y actividades humanas que sean auténticamente libres y, por lo tanto, auténticamente singulares?

Yo tengo la certeza de que en el pensamiento acerca de la historia hay patrones, porque todo pensar no es en realidad sino un encontrar ciertos patrones en las cosas. Es indudable que no podemos jamás verificar plenamente las patrones que descubrimos y que nunca podemos, me parece, justificarlos del todo. Pero no hay más remedio: es preciso que sigamos pensando a base de patrones, ya que ésta es la única manera de que nuestras pobres mentes puedan apoderarse o, digamos, puedan tratar de apoderarse de la realidad. De hecho, el pensar histórico se halla en iguales condiciones a las de cualquier otro tipo de pensar; pero, según creo, en aquél, tanto la necesidad como la insuficiencia de tener que pensar a base de patrones se destaca de un modo particularmente claro. Y me parece que así acontece, porque el pensar histórico se ocupa en parte de las relaciones institucionales entre la gente, y en dichas relaciones resulta mucho más obvio que las cantidades con que tenemos que habérmolas son enormemente mayores que las que aparecen cuando se trata de relaciones personales. En éstas, creo que también son muy grandes; pero el hecho resulta más patente cuando se consideran instituciones que incluyen a millones de individuos, y me parece que no podemos escribir una

sola línea de narración histórica sin incurrir en una audaz e injustificable postulación de patrones.

Permítaseme dar unos ejemplos sencillos para ilustrar lo que estoy tratando de decir. Solamente tres frases: 1) "En junio de 1940 los franceses ya no pudieron seguir peleando"; 2) "En junio de 1940 los ingleses decidieron seguir peleando". 3) mucho más difícil que las dos anteriores, la siguiente frase: "... fueron responsables de lo ocurrido en Belsen". La parte en blanco puede llenarse de diversos modos: se puede llenar con nombres de individuos, digamos Hitler, Himmler, Heydrich; se puede decir que ellos fueron los responsables. Es posible afirmar que la S. S. fue la responsable; o que lo fueron los nazis, o bien el pueblo alemán. También cabe decir que la responsabilidad recae en toda la Cultura de Occidente, y aún que recae sobre la especie humana. Ninguna de estas afirmaciones fuera contraria a la verdad. Lo cierto es que todos los aludidos fueron responsables en diverso grado, y aunque parece más sencillo cargar la responsabilidad en ciertos individuos como Hitler, aun en tal caso no resulta fácil. Pero cuando se llega a la difusa responsabilidad de la especie humana, resulta enormemente difícil. Sin embargo, alguien fue responsable: todas esas víctimas no fueron envenenadas y asesinadas automáticamente; alguien lo hizo; lo hicieron unos hombres. Ahora bien, ya es fácil advertir cuál ha sido mi propósito: apenas será posible garantizar todas esas afirmaciones si no sabemos de qué modo debe distribuirse el descrédito o la gloria y la responsabilidad entre los individuos a quienes se alude con esas etiquetas: "los ingleses", "los franceses" y luego entre esa otra media docena de etiquetas de donde es posible elegir para la descripción de lo que aconteció (mejor dicho, de lo que hicieron, no de lo que aconteció) de lo que hicieron, pues, ciertas gentes en Belsen y en otros sitios como ése.

Quizá uno de esos cerebros eléctricos que ahora se están fabricando por todo el mundo sea capaz de llevar a cabo las complicadísimas operaciones numéricas que tendríamos que realizar a fin de poder establecer la relación entre el individuo y los acontecimientos de un carácter institucional de esa especie. Claro está que esos cerebros eléctricos tienen sus inconvenientes, porque, para poder alimentarlos con preguntas es preciso más o menos haber efectuado de antemano el cálculo, de manera que algunas veces en nada se mejora la situación en que se estaría al no contar con un cerebro eléctrico que, como esclavo, estuviese dispuesto a realizar en un instante ciertos cálculos complicadísimos. Y me parece que patrones tales como "los ingleses", "los franceses", "*Hoi Lacedaimonioi*" y "*Hoi Athenaioi*" son unos patrones un tanto fraudulentos, porque en cierto sentido son simulaciones en cuanto que suponen que sabemos más de lo que en realidad sabemos. Me parece que resulta más honrado emplear, digamos, unos substantivos femeninos abstractos como Bretaña, Francia, Esparta y Atenas, ya que al usarlos confesamos más llanamente nuestra ignorancia. Y creo que aún sería mejor —porque implica mayor franqueza— decir la diosa Britannia o la diosa Marianne, al modo como

los griegos decían algunas veces la diosa *Athene Poliouchos* para aludir a Atenas o la diosa *Athana Chalcioecus* para referirse a Esparta, admitiendo así llanamente que, al hablar de comunidades políticas, nos expresamos en el idioma del mito, y que semejante lenguaje es el que más puede acercarnos a la realidad a ese respecto. Tenemos que hablar de estas cosas; tenemos que emplear el lenguaje mejor que podamos encontrar; y el lenguaje mejor con que contamos para hablar de las relaciones institucionales no es muy adecuado ni es muy exacto, pero no podemos dejar de hablar de estas cosas.

Ahora bien, estos patrones del pensamiento histórico a que vengo aludiendo están situados en varias escalas diferentes. Los que acabo de emplear a manera de ejemplos, es decir, patrones de comunidad política, como son "Francia" y "Atenas", pertenecen a lo que yo llamaría el término medio de la escala. Pero los hay de escala mayor, por ejemplo, patrones verbales como "Europa" o "Cristiandad Occidental" o "el Cristianismo". También los hay de menor escala, como son "Churchill", o "Mahoma", o "Dante" o "Stalin". Además, hay un grupo fundamental de patrones clave, como "guerra", "batalla", "revolución", "gobierno", "rey"; y tratándose de la historia de la civilización (digamos, los últimos ocho mil años de historia) hay dos patrones verbales que son realmente indispensables. Uno de ellos sería "cosecha" y el otro sería "hombre". Sin estos patrones no sería posible siquiera discurrir un solo pensamiento, ni escribir una sola línea acerca de la historia. Y, sin embargo, no son unos patrones completamente justificables. Pese a todo, es necesario que los historiadores sigan empleando patrones de todas esas clases, y resulta aterrador darnos cuenta en qué terreno tan resbaladizo estamos cuando los empleamos, por el solo hecho de emplearlos. Naturalmente, nada sería más fácil que volver a tierra firme. Esto lo lograríamos al instante si dejáramos de escribir, dejáramos de hablar, dejáramos de pensar; pero, después de todo, no sólo no queremos hacer esto, sino que no podemos hacerlo: tenemos que vivir y que actuar, y por esto es necesario echar mano de las mejores herramientas del pensar que están a nuestro alcance, por más que reparemos en sus deficiencias e inadecuación.

Permítaseme considerar un poco más de cerca los ejemplos de que me valí antes. El patrón "hombre" es, evidentemente, uno de los patrones fundamentales en todo pensar histórico, y en verdad, en todo pensar acerca de los asuntos humanos. Ahora bien, es evidente que nuestra suposición de que Juan, Pedro y José son tres ejemplares de una especie cuya etiqueta es "hombre" no resistirá un examen cuidadoso, porque cada uno de los individuos que se halla en este cuarto es tremendamente individual, y resulta absurdo eso de ponernos a todos una misma etiqueta y, con ello, nivelar aparentemente todas nuestras separadas y singulares individualidades. Pero lo cierto es que ni siquiera podríamos iniciar una investigación acerca de Juan, de Pedro y de José, si no empleamos el esquema "hombre" que permita equipararlos y considerarlos. Supongamos que, desechando el esquema "hombre", tratemos

a cada individuo como algo singular. Tomemos a Juan como el patrón. Supongamos que logremos reducirnos al patrón de un solo individuo, considerado como único, y que hagamos caso omiso de si Juan es un miembro, un ejemplar, de una clase llamada "hombre". Los patrones empleados en el pensar histórico son principalmente de dos tipos, a saber: instituciones y personas. Es muy obvio que una institución es un patrón; pero los patrones personales son, creo yo, tan vulnerables a la crítica como son los patrones institucionales. Es manifiestamente injustificado encontrar el patrón "hombre" en los ejemplares Juan, Pedro y José; pero tampoco es justificado encontrar un patrón "Juan" en la serie de pensamientos, de sentimientos y de actos que en lenguaje común pasa bajo el nombre de Juan. De hecho, varios psicólogos modernos nos aseguran que las personalidades o almas son meras ilusiones. Lo mismo que los patrones "Europa" y "Asia", nos dirían no hay nada en la realidad que corresponda a los patrones "personalidad" o "alma". Y, claro está, el moderno psicólogo de Occidente fue anticipado en esta opinión por Buda, quien mantuvo que aquello que sus contemporáneos indostánicos tomaban por personalidad no era en verdad sino una ilusión; no era realmente sino un haz de estados psicológicos en proceso de constante cambio, de disolución y combinación. Buda negó la realidad de la personalidad humana; la controversia de donde surgió su filosofía consistió en que atacaba la opinión contemporánea vigente en la India. Tal opinión, me parece, era la de que la personalidad es real y es idéntica a la realidad última; esto fue lo que Buda negó. Ésta no es una simple cuestión académica, porque, según creo, la mitad del mundo es hoy, en una u otra forma, indostánica o budista; y para esta mitad del mundo, una de las cuestiones capitales de las filosofías y religiones que profesa consiste en ese problema planteado por Buda acerca de si una personalidad tiene o no tiene realidad.

Ahora bien, si tomamos en serio, como debemos tomarlo, me parece, lo que Buda afirmó acerca de la personalidad y lo que tantos psicólogos dicen hoy en día acerca de ella, cuando afirman lo mismo que Buda, es decir, que la personalidad no es nada real, esto resulta muy grave para, digamos, Mr. Freeman, el biógrafo del General Robert E. Lee. Todos conocen las obras de Freeman acerca de Lee, y lo detalladas que son. No he hecho el cómputo, pero me atrevo a pensar que Freeman, en su extensa biografía del General Lee, nos ha dado noticia de los actos de Robert E. Lee con intervalos de cuatro minutos y medio, como promedio, en la vida activa de Lee. Realmente es una biografía muy larga. Pero qué inadecuado resulta esto, cuando pensamos en el *Ulises* de James Joyce, que ocupa un grueso volumen sólo para relatar muy sumariamente los estados psíquicos de muy pocas personas durante veinticuatro horas. Nuestros psicólogos, por otra parte, nos informan que el mundo entero no sería bastante para contener los libros que podría escribir un psicólogo competente, si intentara reseñar los acontecimientos psíquicos de una sola llamada personalidad durante medio segundo. Aquí se

abre el infinito. Así como hay la infinidad de relaciones entre los millones de hombres que guardan entre sí conexiones institucionales en cualquier sociedad o comunidad, así también, por el otro lado, existe la infinidad de los estados psíquicos en el interior de cada llamada personalidad única.

He aludido al Evangelio según San Juan, y no se olvidará que, después de haber afirmado que el mundo no bastaría para contener los libros que podrían escribirse, el evangelista dice "amén" y pone punto final. Pero nosotros no podemos poner punto final, porque la vida no se detiene y por esto tenemos que seguir formulando patrones. Ahora bien, he insistido en esos patrones del pensamiento porque nos persiguen y obsesionan continuamente, y me parece que debemos tener siempre presente que estamos pensando a base de patrones cuando nos planteamos la pregunta de si hay o no patrones en la realidad externa (si es que existe) a la cual tratamos de asir con nuestros pensamientos. Cuando reparamos en la naturaleza del pensamiento y consideramos que, si hemos de seguir pensando y viviendo, es necesario suponer que el pensamiento corresponde en efecto a algo en la realidad, entonces, me parece, la responsabilidad de la prueba corre a cargo de la gente que niega la existencia de patrones en la realidad; porque el pensamiento es evidentemente algo que tiene un patrón, y si no hay patrón alguno en la realidad sería cosa muy extraña que el pensamiento, esta cosa que tiene un patrón, fuese capaz de captar la realidad, siquiera parcialmente. Por mi parte yo sí creo, como cuestión de hecho, que los patrones no incluyen la totalidad de la vida humana; pero si un determinista, convencido de que toda la vida humana se gobierna por patrones automáticos, me pidiera que hiciese la defensa de esa creencia mía, estoy seguro que me encontraría en graves apuros para defender racionalmente mi tesis. Creería decididamente que yo estoy en lo cierto y que él está equivocado; pero me vería en aprietos si tuviera que demostrar, digamos, que estaba en lo cierto al pensar que los patrones no incluyen la totalidad de la vida.

Pero ahora dejemos la cuestión de los patrones de pensamiento y vamos a suponer lo que hasta los filósofos suponen en la vida diaria, o sea que el pensamiento nos pone en contacto con la realidad; y consideremos los patrones del mundo real, sin preocuparnos acerca de las relaciones entre la mente pensante y la realidad pensada por ella. Empezaré por los patrones de la naturaleza física que se reflejan en patrones de la historia humana. Quizá haya algunos historiadores que nieguen la existencia de patrones en la naturaleza física; y probablemente, si no quieren admitir que algunos patrones invadan la historia, harían bien en atrincherarse en la primera línea y sostener que no hay patrones de ninguna clase, en ninguna parte del universo, porque, una vez que se admita la existencia de patrones en alguna parte del universo, el patrón tiene la tendencia a extenderse por todas las demás partes. Sin embargo, no creo que hoy sean muchos los historiadores que nieguen la existencia de patrones, por lo menos hasta cierto punto, en la naturaleza

física. Pienso en cosas como el ciclo del día y de la noche, una recurrencia física, uniformidad, regularidad, un patrón en efecto, que se refleja en la vida humana, porque el ciclo del día y de la noche produce turnos en las fábricas, cambios de guardia en los navíos, horas de agolpamiento en el tránsito y ciudades-dormitorios en los alrededores de las urbes donde la gente trabaja. Y luego hay el ciclo anual de las estaciones, otro patrón físico que se refleja en la vida humana. El ciclo anual produce cosechas, temporadas de campañas políticas y, en el campo de lo religioso, produce años litúrgicos.

Y luego hay el ciclo de la generación. Me parece que éste constituye un patrón enormemente importante para la vida humana y del más subido interés, porque el patrón mismo, en este caso también, es físico: no resulta de una elección nuestra; preferiríamos no tenerlo; preferiríamos ser inmortales si no hubiésemos sido hechos mortales. El ciclo de la generación es una gran aflicción de la humanidad, y no tenemos opción ninguna a este respecto; sin embargo, la humanidad ha sabido aprovechar esta circunstancia tan desagradable (la muerte y la sucesión de las generaciones) y ha convertido el ciclo de la generación, que es obviamente un ciclo natural, en algo humano. Lo hemos convertido, diría yo, en el motor y a la vez en el regulador del cambio social. De no haber la muerte y una sucesión de generaciones, y si todos fuéramos como los míticos Struldbrugs de que habla Swift, quienes vivían eternamente, no sólo se vería impedida la naturaleza de hacer nuevos experimentos de orden físico y psíquico, sino que el sistema social de la humanidad, una vez establecido, se inmovilizaría, pues el sistema social cambia en gran parte gracias a su transmisión de una generación a otra. Ninguna generación logra transmitir a la próxima su propia tradición social en la misma forma exactamente en que ella la ha sostenido, y ella misma no la heredó de sus antepasados en forma exactamente igual a como ellos la poseyeron después de haberla heredado en una forma modificada de sus padres, y así sucesivamente. De manera que, siendo el ciclo de las generaciones un ciclo físico, sin embargo, constituye un patrón de gran importancia en la vida humana, así como en la vida física.

Luego hay los patrones en el funcionamiento de la psique humana. A este respecto haría mucho hincapié en esos ciclos de las actividades mercantiles de que tanto se han ocupado en nuestros días los economistas y los historiadores de la economía. Al parecer existen cuatro o cinco periodicidades diferentes de esos ciclos, y hay bastantes diferencias en el grado de consenso acerca de su realidad, según de cuáles se trate. Creo que respecto a uno de ellos existe un acuerdo casi general, y es el ciclo de actividades mercantiles que tiene un ritmo aproximado de nueve o diez años. En estas cuestiones soy un aficionado; probablemente muchos lectores podrán corregirme; pero estoy en la creencia de que la mayoría de los economistas aceptan este ciclo como una realidad, una realidad por lo menos para el mundo moderno industrializado desde los últimos ciento cincuenta años. Y estos ciclos de las acti-

vidades mercantiles me parece que son de un gran interés para el estudio de los patrones en la historia. Revisten interés, primero, porque, por lo visto, existe ese acuerdo muy general entre los historiadores de la economía acerca de la realidad de dichos ciclos, y particularmente acerca de esa periodicidad aproximada entre los nueve y los diez años; pero, segundo, porque parece que están acordes en que estos ciclos de actividades mercantiles no son el reflejo de ningún patrón de la naturaleza física, y por ello son distintos de esos patrones que se ofrecen en los asuntos humanos y que derivan del ciclo del día y de la noche o del ciclo anual de las estaciones.

Está claro que para una sociedad puramente agrícola, que viva exclusivamente de las cosechas, los ciclos de la recolección dependen efectivamente de los ciclos climáticos; por consiguiente, en una sociedad agrícola, la humanidad depende en buena parte del ciclo físico anual de la naturaleza. Pero los ciclos de las actividades mercantiles, tal parece ser el consenso, no dependen de los ciclos de las variaciones climáticas, ni de los ciclos de la recolección de cosechas. Al parecer, son características de las comunidades industrializadas y no dejan de presentarse uniformemente en todos los países o regiones de un grupo de comunidades industriales que forman parte de una única sociedad económica. Ahora bien, esta determinada sociedad económica que sirve de campo para el estudio de los ciclos de actividades mercantiles se originó, me parece, en Inglaterra a fines del siglo XVIII, y desde entonces se ha venido extendiendo por todo el mundo. Evidentemente, todo el mundo no ha sido industrializado; pero ciertas regiones de Australia, de Sud-África, de Nueva Zelanda y de Argentina sí lo han sido, y se trata en estos casos de lugares muy alejados de las regiones industrializadas de Europa y de Norteamérica. Lo que al parecer han encontrado los expertos que investigan esos ciclos de las actividades mercantiles es que, a pesar de la dispersión geográfica de la sociedad industrializada, es decir, a pesar de que existe en muchas zonas climáticas diferentes, que producen distintas cosechas y diversa clase de productos, sin gozar de ninguna uniformidad en las variaciones del tiempo, a pesar de esto, digo, las alzas y bajas ocurren a un mismo tiempo en todas las partes de esa sociedad mundial industrializada que sostienen relaciones entre sí. Esto parece establecer con claridad que el medio en que acontecen esas alzas y bajas no es ningún medio físico. Los economistas afirman, sin embargo, según creo, que a su juicio el medio en que se producen los ciclos de las actividades mercantiles no es, de hecho, físico, sino psíquico.

Pero aún es posible ir más allá; es posible, en efecto, preguntar qué clase de ambiente psíquico es ése. ¿Es la zona racional consciente de la psique la que constituye el campo de la argumentación racional y de los actos deliberados de la voluntad? O bien ¿es el abismo de lo irracional, lo emocional, lo parcialmente subconsciente, que yace en las profundidades debajo de esa tenue superficie racional y volitiva? Resulta claro, pienso, que si se examinan los recientes trabajos sobre los ciclos de las actividades mercantiles, una gran

mayoría de los historiadores que se ocupan de problemas económicos cree que el medio psíquico de esos ciclos lo constituye principalmente el campo subconsciente, emocional e irracional de la psique, no el campo propiamente racional. Existe una minoría que piensa que la baja y el alza de valores ocurren porque los miembros de los consejos de los bancos centrales se reúnen en asambleas para discutir hasta qué punto se puede bajar o subir el interés bancario, y que en seguida toman una decisión sobre el particular y la ponen en vigor, de manera que la baja o el alza de valores, según sea el caso, ocurre como consecuencia. Sin embargo, aunque hay personas que así piensan, es evidente, según creo, que constituyen una minoría muy pronunciada que cada día pierde terreno. Creo que la opinión más autorizada entre los economistas consiste en admitir que el medio psíquico de los ciclos de las actividades mercantiles es el de la parte irracional de la psique. Tenemos aquí, pues, una sugestión que me parece bastante significativa, a saber: que en un aspecto de los asuntos humanos, el aspecto económico, parece existir un acuerdo entre los expertos acerca de que hay ciertas regularidades que acontecen en un medio psíquico y en el nivel irracional de la psique.

He indicado ya que parece reinar un consenso general acerca del ciclo de nueve o diez años; pero se habla de otros ciclos que no disfrutan de un acuerdo tan general. Por ejemplo, tenemos el llamado ciclo largo (entre cuarenta y sesenta años) que la mayoría de los economistas, por lo menos en estas fechas, parece no aceptar. Pero he advertido que entre la minoría de los historiadores que creen en ese ciclo largo algunos han indicado que no se origina en el plano económico de la vida social; que, sin embargo, es un reflejo, no de un ciclo físico, sino de un ciclo de la psique humana, y que este ciclo psíquico es de aquellos que se originan en el plano de los intereses políticos y militares. Dicen que estos aparentes ciclos de larga periodicidad no se generan en el campo económico de la vida, por decirlo así, sino que son reflejos de los ciclos de paz y guerra. Creo que, si examinamos esos supuestos ciclos largos en el siglo XIX, encontraremos que las prosperidades corresponden a los períodos de mayor intensidad bélica (en el mundo occidental y en ese siglo XIX), mientras que las depresiones corresponden a períodos menos bélicos. Y si hubiera tales ciclos de paz y guerra con una periodicidad de cuarenta, de sesenta o de ciento veinte años, es decir, una y media, dos y media o cinco generaciones, esto abriría una perspectiva de patrones de mayor alcance que los ciclos del día y de la noche, los de la revolución anual de la tierra o los de diez años. Yo por mi parte creo, un poco hipotética y provisionalmente, que sí existen esos ciclos de recurrencia más distanciada; que es posible descubrir ciclos de paz y guerra con una periodicidad de, quizá, hasta ciento veinte años; y creo también que, de existir estos ciclos, se producen en el mismo medio de los ciclos de las actividades mercantiles, es decir, en el nivel subconsciente e irracional de la psique humana.

En fin, ahora nos vamos situando en terreno más polémico. ¿Existen, aca-

so, ciclos aún mayores? Yo creo que probablemente sí existen. Creo que hay los que podrían llamarse ciclos de declinación y caída, que constituyen lapsos todavía mayores de un patrón psíquico inconsciente en la historia. Me parece que poseemos algunos testimonios en favor de la existencia de lapsos de esa clase durante un período de aproximadamente ochocientos años. Mientras se hable en términos del elemento consciente y racional de la psique, ochocientos años resultan un término tan largo en comparación con la vida individual humana que esto parecerá muy poco probable; pero resultará mucho menos improbable si se piensa en términos de la subconsciencia, porque el movimiento de lo subconsciente es, como sabemos, enormemente más lento que el del elemento consciente. Es evidente que una de las tribulaciones del mundo actual radica en que nuestra porción subconsciente y emocional se ve obligada a llevar a cabo ajustes muy repentinos respecto al nuevo mundo que ha surgido tan rápidamente al conjuro del inmenso progreso de la tecnología. Este progreso ha sido rapidísimo, porque la tecnología es obra del intelecto, el cual es capaz de moverse con gran velocidad; y me parece que una de las razones por las cuales vivimos en una edad histórica peligrosa es que la parte subconsciente de la psique requiere tanto tiempo para alcanzar los movimientos rápidos del intelecto, creador de una situación material a la que el subconsciente no puede adaptarse de inmediato. De modo que no me parece poco razonable pensar a base de patrones o ciclos que se den en el medio de la subconsciencia, los cuales, si fuesen referidos al medio consciente, parecerían imposibles por su excesiva longitud.

Pero ahora he extendido la noción de los patrones históricos hasta algo así como esos ciclos de ochocientos años que he calificado de ciclos de decadencia y de caída, y al hacer esto se advertirá que he quedado en posición vulnerable. Seguiré exponiéndome, para que mis críticos puedan despedazarme. Sin embargo, quiero terminar añadiendo que también creo que hay elementos en los asuntos humanos que se substraen a todo patrón. Creo que el universo no está hecho todo de una sola pieza. Creo que existe en el universo un elemento de regularidad, de recurrencia, de uniformidad, en suma, un elemento de patrón establecido; pero creo también que hay algo en el universo que no puede reducirse ni a patrón ni a ley, en este sentido metafórico. Creo que la frontera entre estas dos cosas es una frontera movediza, y creo que esta movediza frontera está en algún sitio interior de la naturaleza humana. No es que el hombre sea totalmente libre y que la naturaleza no humana esté completamente privada de libertad. Es evidente que el hombre no es totalmente libre; pero sí es parcialmente libre, y me parece que una de las razones por las cuales resulta tan incómodo ser humano, consiste en que esta frontera entre la necesidad y la libertad radica dentro de nosotros y que siempre está oscilando un poco. Naturalmente, es posible creer que haya patrones en algunos asuntos humanos sin necesidad de creer que existen para todos. Todavía no hemos explorado los patrones. Apenas estamos comenzando; pues

las ciencias sociales son aún bastante jóvenes, en comparación con las ciencias físicas.

Lo que yo preveo a este respecto es que, cuando hayamos explorado los patrones, en la medida en que encontremos testimonio de ellos, nos quedarán algunos elementos de los asuntos humanos en los cuales no se descubrirá patrón alguno, y también creo que esto no ocurrirá porque la mente humana tenga la inherente incapacidad de descubrir patrones que realmente existan; en otras palabras, no creo que la totalidad de la vida humana esté realmente determinada y que, en ciertos casos, la mente humana sea simplemente incapaz de aprehender las leyes que determinan las cosas. Creo que hay algunos asuntos humanos que en realidad no tienen patrón alguno. Pienso en aquellos elementos de la vida humana de donde surgen nuevos actos creadores. No cabe duda de que es una opinión muy expuesta a polémica la de afirmar que hay tales cosas como actos de creación en los asuntos humanos. Pero, de existir en realidad esos actos creadores, y personalmente creo que sí existen, tendrán que ser, claro está, impredecibles y no habrán de concordar con ningún patrón previamente establecido.

A este respecto, pienso especialmente en tres cosas, en tres campos de los asuntos humanos. En primer lugar, tenemos los actos de voluntad conscientes y deliberados que realiza una personalidad, y aquí, me parece, es donde tal vez la frontera se mueve. Piénsese en un psiquiatra que cura total o parcialmente a un enfermo. ¿Qué es lo que hace? En la psique del enfermo, ha desplazado levemente la frontera en beneficio de la razón y de la voluntad, y en perjuicio de lo irracional; ayuda al enfermo a controlar los elementos irracionales e ingobernados que laten en las profundidades de su psique, elementos que hasta ese momento se han matenido fuera de su dominio; en otras palabras, el médico ha desplazado la frontera de la voluntad consciente y del intelecto hacia abajo y más profundamente dentro de la hondura de la subconsciencia.

El segundo aspecto de los asuntos humanos en que me parece que no existen patrones es en el encuentro de personalidades. Pienso que de semejantes encuentros salen verdaderas creaciones nuevas, y esto tiene su importancia, porque en definitiva ésta es la visión bíblica de la historia que nosotros, los occidentales, abandonamos poco más o menos hace doscientos cincuenta años. Desde ese punto de vista, que antaño fue el occidental, el hilo conductor consiste en una serie de encuentros entre Dios y varios sucesivos individuos: Dios y Abraham, Dios y Moisés, etc.

Por último, el tercer campo en que pienso es la poesía y la visión profética que brotan del interior de una personalidad única a partir del nivel de la psique subconsciente. Claro está, la poesía se somete ella misma a un patrón externo bastante rígido que consiste en la rima y el metro y otras exigencias por el estilo; pero me parece que hace esto simplemente porque la inspiración de la poesía es tan libre y tan irregular, que resultaría imposible encauzarla

si no se impusiera artificialmente ella misma ciertas trabas. Y a este respecto creo poder apelar, justificadamente, a la autoridad de Platón. Recuérdese la séptima carta de Platón, donde afirma que su filosofía solamente puede aprenderse a la manera como se percibe la luz de una llama que brota, y piénsese en el propio método de Platón. Siempre empieza, naturalmente, empleando la razón y el intelecto y los utiliza hasta donde es posible; pero, cuando llega al punto más allá del cual no pueden conducirlo, confiesa francamente: "hasta aquí puede llegar mi razón", y entonces pasa del lenguaje racional al lenguaje de la poesía y del mito. Y me parece que podemos conformarnos con seguir a Platón y creer que existen estos dos elementos en la vida humana: el elemento de los patrones y el elemento en que ningún patrón se hace presente.

ARNOLD TOYNBEE

(trad. Edmundo O'Gorman)

The Royal Institute of International Affairs, Londres, Gran Bretaña.